

CAPÍTULO SEXTO:

UN DIOS PERSONAL

1. Las imágenes de Dios.

¿Dónde está Dios? ¿Quién es? A los niños se les responde que Dios está en el cielo, y que es el creador de todas las cosas, del universo, del hombre y de cada uno de nosotros. Hasta hace bien poco el universo humano era muy reducido. Dios tenía un espacio y un lugar concreto, más allá de las estrellas del cielo. En el mundo medieval las imágenes que representaban el universo conocido eran muy simples. El hombre era el centro, la Tierra situada en medio del mundo, estaba rodeada de las esferas celestes, detrás de la última esfera la de las estrellas, se encontraba el cielo de los ángeles y santos, y por encima de ellos se encontraba Dios Altísimo. El cielo y Dios mismo tenían un lugar preciso y determinado, desde el cual dirigía la vida de los hombres.

La religión, como garantía de sentido y comprensión del mundo y de la vida, siempre ha tratado de hacerse con un espacio que de consistencia en la precariedad de los fundamentos de la ciudad humana. En lo que no sabemos, más allá de nuestros estrechos límites, por fuera de las fronteras humanas, se trata de meter a Dios. La idea de Dios serviría en este sentido, para dar consistencia a lo desconocido. Así al principio la divinidad fue colocada en las cosas inmediatas y cotidianas, pero resultó ser insuficiente su misterio, poco espacio para Dios. Luego lo colocaron en las profundidades de la tierra, en los abismos del océano, en las nubes del cielo, en el firmamento entre las estrellas y luego más allá. El sol y la luna fueron durante muchos siglos de historia, dioses.

Desde antiguo, las concepciones religiosas introducían lo divino en lo que desconocían, de modo que interpretaron las fuerzas naturales o los principios originales antropomórficamente como inmortales señores del mundo con poderes extraordinarios. Complicadas y preciosas mitologías, inspiradoras de un rico lenguaje poético, trataron de explicar cómo fue el origen del mundo y del hombre, y cuál será su destino. Así en la historia antigua de muchos pueblos, las fuerzas naturales o principios originales fueron tomando aspecto humano: el Vacío (Tiamat), el Abismo (Apsu), el Caos (Mummu), los Cielos y la Tierra (Anu y Ea) y sobre todo el Sol (Amón-Ra, Marduk, Mitra), o bien las tormentas (Zeus-Júpiter), son ejemplos de una inmensa multitud casi innumerable. Los dioses supremos que gobernaban el orden cósmico, por medio de sus leyes guardaban las civilizaciones que regían. Variaciones de estas mitologías, fueron la base de todo el paganismo del mundo antiguo, siendo algunas de ellas recogidas en la Biblia.

Sacralizar la Naturaleza es una actitud que hoy se da con cierta frecuencia en Occidente, principalmente como reacción contra el pensamiento mecanicista o científicista, que pretende renovar el respeto que tenían los antiguos a la Naturaleza como la Gran Madre. Algunos piensan que el mal uso que la Ciencia ha hecho y hace de la Naturaleza, provoca su propio y merecido castigo, mediante frecuentes catástrofes naturales, interpretadas a veces como castigos divinos por la maldad humana. Hay una desconfianza creciente hacia los métodos empleados por tecnólogos y científicos. Con todo, nos parece muy primitivo hoy en día después de los avances de la Ciencia, tomar en serio al Dios de las tormentas,

de la lluvia, del sol o de las montañas, o invocar a sus “espíritus”, sólo porque no las hemos hecho nosotros o porque todavía no las hemos podido poner a nuestro servicio.

Por otro lado, para decir quien es Dios, o hacernos una idea de Él, no sirven de mucho las numerosas imágenes que se dan en el arte, o en los textos bíblicos en los que lo describen como un venerable anciano, lleno de poder y majestad. Un gran rey sentado en un trono, adornado por un arco iris y rodeado por los 24 tronos de la asamblea de ancianos, separados por relámpagos de luz, por el fuego y un mar de cristal, sostenidos por cuatro querubines que tienen debajo de cada uno de ellos, unas ruedas llenas de ojos. Todo el conjunto envuelto en el resplandor de la gloria de Dios, (Ez1,4-), (Ap4,2-). Mantener una imagen como esta, tan llena de ornamentos fabulosos, resulta grotesca si no hacemos una lectura simbólica.

Tampoco las imágenes posteriores de la Trinidad cristiana se presentan más ilustrativas. Un anciano de largas barbas blancas es representado como el Padre, un hombre joven como el Hijo, y una paloma encima de ellos como el Espíritu Santo. Nubes, luces y resplandores para indicar la gloria de Dios, además de los imprescindibles coros angélicos y de una multitud de santos en actitud de recogimiento y adoración, cantando sin cesar “Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del Universo...” No creo que nadie a estas alturas pueda estar interesado en un cielo como el que se representa en el arte, ni pertenecer a ese coro cantando alabanzas a Dios sin cesar y por toda la eternidad. ¡Horror! ¡que Dios no me premie con esa condena!

Los autores de los textos sagrados tomaban las ideas del mundo donde vivían, y las comunes representaciones de Dios y de los cielos, para expresar pensamientos mucho más profundos, algunos fundamentales. No creo que los cielos tengan algo que ver con una monarquía, ni con coros de ángeles, ni ejércitos, ni con Dios representado como un rey, aunque se trate del rey de reyes. Los cielos los entiendo como el lugar de Dios, ese lugar indeterminado e indeterminable que tampoco es un espacio ni un tiempo, sino que es Dios mismo. Para mí no existen realidades intermedias, llenas de espíritus y fantasmas, con coros y ejércitos angélicos, en lucha sin fin contra los ejércitos enemigos de demonios. Sólo existe de un lado el mundo universo natural, material o físico y de otro Dios. Dios, que es un Dios suficientemente grande, para contener todos esos otros supuestos “espíritus”, como los entrañables angelitos, (custodios, mensajeros o sirvientes), fabulosos arcángeles (Gabriel, Miguel y Rafael), ridículos fantasmas o terribles demonios (Satán, Belcebú), que, aunque no tengan para mí una existencia real, no cabe duda que tienen un gran contenido simbólico.

Todas estas representaciones de los cielos no sólo son insuficientes, sino que hacen un pésimo servicio a las intenciones con que fueron realizadas. Tras esas imágenes está la idea de contemplación, de adoración, de plena felicidad para siempre, en las que creo.

Tanto las imágenes de Dios y los cielos como la situación de Dios con respecto al mundo universo, han tenido que dar un vuelco radical desde la Ilustración y el Modernismo, la Ciencia moderna acabó con todo ello. Desde entonces, ni la Tierra ni el hombre pueden ser centro de nada, pero tampoco ni los cielos ni Dios tienen cabida en él. Algunos insisten todavía y quieren tener a Dios colocado en un sitio determinado, por eso han tenido que relegarlo al origen, en el Big-Bang, en los campos físicos o en las energías fundamentales. Es una solución desesperada y absurda, y ni siquiera es necesaria para la fe, o las creencias religiosas. Pienso que es nuestra idea de Dios y de su relación con respecto al mundo, lo

que ha cambiado, pero no su existencia. El hombre sigue buscando respuestas en Dios a la tensión, que, impulsada por la trascendencia y la eternidad, den valor, sentido y finalidad a su vida. Pero Dios desde entonces, no se encuentra enredado en la Naturaleza desacralizada, sino de modo más sutil y complejo.

2. Dios como persona.

Las religiones en general conciben a Dios antropomórficamente, lo ven como persona. Esto es lógico en cierta medida, pues el sentido y finalidad que se pretende para el mundo y la vida humana, requieren voluntad e intención, lo cual cuadra bien con el concepto de persona. Entonces en lugar de proponer lo existente como un Algo eterno, como hacen los ateos identificando la Realidad y lo Absoluto, lo que hacen los teístas es proponer un Alguien personal con voluntad propia, que crea y sostiene la Realidad que existe. Este Alguien resulta de personificar la Fuerza y Sabiduría creadora y sostenedora de lo real, dando carácter y contenido personal al Espíritu de lo Absoluto. Ciertamente es que la Fuerza y Sabiduría impersonales ni justifican ni dan sentido o finalidad a lo que existe, sólo lo hacen posible, de modo que si queremos que sirvan de justificación tenemos que asociarlas con voluntad e intención. Si al Espíritu le añadimos la voluntad que justifique lo que existe, es evidente que estamos hablando de una concepción de lo Absoluto como Dios personal.

Pero si nos proponemos considerar a Dios como persona ¿cómo justificarlo? ¿tiene alguna posibilidad de que el Ser Absoluto, Infinito y Eterno, sea Alguien personal? ¿cómo existe esa persona? ¿cómo se entiende una persona infinita? ¿qué es una persona absoluta? Durante siglos se ha querido resolver la contradicción intrínseca del concepto de persona absoluta, tomando las características de la persona humana y pensándolas más allá de su límite natural, maximizándolas hacia el infinito inalcanzable.

Desde este punto de vista, es frecuente describir a Dios con algunas decenas de atributos e incluso superar los cien nombres de Dios que enumeran los musulmanes. Así Dios es propuesto como: absoluto, infinito, eterno, que lo puede todo (omnipotente), que lo sabe todo (omnisciente), que está en todas partes (omnipresente), necesario, incondicionado, ser por sí mismo (unión de esencia y existencia), inmutable, perfecto, total bondad y belleza, que lo abarca todo y comprende todo (totalidad), que lo unifica todo en sí mismo (único y uno), verdad absoluta, justicia infinita, dignidad y majestad suprema, persona infinita, ser supremo, del que depende toda existencia (providente), y su origen (creador), más allá de todas las cosas (trascendencia), pero que todo está en Él (inmanencia). De este modo podríamos continuar predicando de Dios atributos y discutir las condiciones de posibilidad de cada uno de ellos, sin llegar a conocer nada de Dios. Y esto es así, por que por más que nos esforcemos la verdad de Dios no está al alcance de la razón humana. Todo ello en lugar de aclarar las cosas deja un cierto sabor de lejanía que lo separa del hombre en su majestad sagrada.

Nada de todo ello reduce la contradicción de persona absoluta, que no disminuye al salirnos por la tangente y cubrirlo con una nube de misterio. Lo que es irracional e impensable sigue siéndolo a pesar del empeño de ocultarlo en lo espiritual, numinoso o misterioso. ¡Un Dios personal! ¿Puede acaso estar Alguien en solitario flotando en la eternidad? Un solo Dios, sin ninguna creación que lo acompañe a ningún nivel, ni aquellas que no conocemos ni podemos expresar o imaginar. ¿Cómo podemos siquiera pensarlo?

¿Qué sentido tiene? Sin embargo, si no fuese así, es decir, si Dios no existiese antes del tiempo, antes de toda creación en la eternidad infinita, el Mundo- Universo no sería creado por Él, y no podría estar sometido a su voluntad, ni a su poder y sabiduría. Dios no puede ser originado al tiempo inicial de lo que existe, pues tendría que acomodarse a sus características y en definitiva ser dependiente de él. Tal vez es más fácil pensar en la eternidad del Universo en evolución y cambio, que, en un Dios personal, eterno autor del Universo.

El concepto de persona va ligado al hombre, a la especie Homo sapiens, y como tal está incluido exclusivamente en él, al menos por lo que hasta ahora conocemos, y reducido a los ecosistemas de la Tierra en donde habita, un lugar exiguo, vulgar, insignificante, perdido en la inmensa grandiosidad del Universo. ¿Qué tiene esto que ver con la Fuerza y Sabiduría que lo crea y sostiene, lógicamente de mayor grandeza insondable e incomprensible? Si a la actividad de lo Absoluto, a su Espíritu, le añadimos el concepto de persona lo degradamos hasta el nivel humano haciéndolo insignificante, por muy excelso que pensemos el concepto de persona. Teniendo el concepto personal de Dios identificado con lo Absoluto, se le rebaja hasta la ridiculez, pretendiendo conocer su contenido, llenándolo de atributos por analogía con la persona humana. Es una pretensión irracional, descabellada.

3 El acceso a lo Absoluto.

Tienen razón los agnósticos al afirmar que no podemos conocer lo Absoluto. Es un absurdo dotar al Espíritu de lo Absoluto de carácter personal, de cualidades humanas. El error para el agnóstico está en buscar justificación, sentido y finalidad a lo real, al mundo físico, a la vida humana, que según ellos no tienen. Mucho más difícil es encontrar justificación para sostener un Dios con voluntad propia, que tomar el mundo tal y como es. No se puede sin más añadir voluntad a lo Absoluto Incognoscible, pretendiendo de este modo conocerlo. No hay acceso posible a lo Absoluto.

Sin embargo, yo no estoy seguro de que esto sea así para siempre. En este caso el futuro para el hombre estaría también cerrado. No quiero pensar que el hombre tenga un último día en el que todo termine. Puede que el hombre consiga en el futuro vivir cientos de años, incluso indefinidamente si consigue burlar la muerte colocándonos en el límite del optimismo, pero incluso así sería más de lo mismo, sin llegar a alcanzar las últimas esperanzas humanas. Yo aspiro a todo, a conocerlo todo, a tener conciencia de todo, espero llegar a la meta final, a descansar en el seno de lo Absoluto, Infinito y Eterno. Sé que es un deseo desproporcionado, como una especie de locura casi irracional, y también sé que aún no puedo, que nadie puede, ni siquiera lo podemos hacer todos juntos, pero tampoco puedo cerrar el futuro y hundir toda esperanza. Lo Absoluto permanece “por ahora” desconocido, incognoscible, pero no para siempre.

Creo que la idea de Dios, cambiante a lo largo de la historia humana, representa el esfuerzo del hombre por encontrar el modo de acceso a lo Absoluto. Renunciar a Dios significa renunciar a lo Absoluto o verlo como imposible. Yo no estoy dispuesto a renunciar, a abandonar toda esperanza. Así, encuentro que el modo más razonable de enlazar al hombre con lo Absoluto, es por la vía de la total perfección, la completa plenitud humana. Según esto, Dios es la plenitud humana realizada completamente, llevada a su término, por el cual se abre el acceso a lo Absoluto. Creo que Dios y sólo Dios, tiene la clave de lo Absoluto, y cuando al final conduzca la humanidad a su plenitud,

entonces y sólo entonces el acceso a lo Absoluto quedará abierto. Hasta que eso no suceda, su conocimiento permanecerá cerrado para nosotros, sigue siendo lo que es, el profundo misterio de lo Otro Incognoscible.

Sé que perfección y plenitud son sólo conceptos y no entidades reales existentes. Pero son conceptos que indican objetivos terminales para el hombre personal y colectivo, y llenan de justificación y sentido el esfuerzo por conseguir el mejor de los mundos posibles. Son ideas que se han ido gestando a lo largo de la historia, en proceso de continua revisión y desarrollo. Por ello el contenido que tienen hoy para nosotros no puede ser otra cosa que provisional, sujeto a modificaciones que con el tiempo vayan cuajando, escogiendo lo mejor y eliminando el error o aquello que dificulta o impide su avance.

Dios no es un misterio desconocido para el hombre. Al contrario, todos tenemos una idea de lo que es lo mejor de uno mismo y lo que es mejor para todos. Sin duda esto llevado al límite tiende a alcanzar la perfección y plenitud donde está Dios. Ciertamente es que lo que entiende cada uno por lo mejor es distinto, y en este sentido, se puede afirmar que existe un Dios diferente para cada uno, según entienda el contenido de lo mejor. A menudo son ideas contrarias y enfrentadas, pero si excluimos la mala fe, el engaño, la mala voluntad, el tiempo y la experiencia de la historia, va perfilando y profundizando en ideas comunes que se mantienen, mientras que otras que parecían excelentes se abandonan porque sus consecuencias han sido desastrosas. Una y otra vez caemos en los mismos errores, sobre todo en ideas persistentes de gran calado y profundidad; pero nunca los errores son exactamente iguales, siempre tienen matices diferentes, lo cual hace que mediante la insistencia en este proceso de ensayo-error, nos lleve a avanzar quizás en la dirección adecuada.

Por ello, no tiene sentido afirmar que sabemos en qué consiste la plenitud humana, enumerando una serie de principios y valores indiscutibles como hacen los fundamentalistas religiosos, por una pretendida iluminación o revelación, o como consecuencia de una ideología. Se creen en posesión de Verdades Absolutas con derecho a imponerlas a los demás, sin tener en cuenta que aún no hemos llegado a la meta, que todavía no hemos alcanzado la plenitud ni somos perfectos. Ni ellos, ni nadie. Queda aún demasiado recorrido por delante. En realidad aún nadie conoce en qué consiste exactamente, pues si eso llegara a suceder estaríamos en la recta final del proceso, y desgraciadamente esto lo vemos hoy lejos, muy lejos. La humanidad soporta aún mucho mal, mucho sufrimiento y muerte, para pensar que hemos logrado llegar a la recta final de la plenitud.

Y es que no se trata de que un grupo de perfectos se creen que han llegado a la meta, porque precisamente esa delimitación o separación de un grupo de elegidos, contradice el concepto de plenitud. Todo lo más, ese grupo de “perfectos” podría significar el fermento, el empuje que todos los demás necesitamos, y por tanto no puede separarse, aislarse del resto, sino al contrario colocarse a su servicio. A la plenitud llegará toda la humanidad en su conjunto o no llegará ninguno. Si faltase alguien (¿Satán y sus demonios?), el resto de la humanidad se implicaría en “salvarlo”, porque en definitiva le faltaría algo para llegar a la plenitud. Habría algo en él que aún falta por superar y salvar.

Pienso que la plenitud del hombre personal y colectivo, es la meta final del tiempo y de

la historia. Es un proceso, un trabajo común en el que estamos todos implicados, sin que falte nadie. Si hemos llegado a la existencia cada uno de nosotros, es porque nuestro destino está en la plenitud junto con todos los demás. Por eso habrá que hacerlo con todos y entre todos. Si lo logramos, las puertas de acceso a lo Absoluto se nos abrirán de par en par, para descansar en lo Infinito y Eterno, colmando todas nuestras esperanzas. El abismo profundo que nos separa del misterio de lo Absoluto, entonces y sólo entonces será desvelado.

Bonito ¿verdad? Sin embargo, hay muchos que opinan tal vez con razón, que es una esperanza vacía, que es un trabajo imposible. El hombre jamás logrará ni la perfección ni la plenitud. Y la razón es precisamente por ser libre. Cada hombre decide colocarse en el sentido que quiera, casi sin tener en cuenta lo que se ha hecho antes, pues para cada uno, su vida es un nuevo comienzo, individual y diferente. De una generación a la siguiente se transmiten muchas “cosas” como los bienes, el conocimiento, la técnica acumulada, pero las experiencias personales son intransferibles y son precisamente estas las importantes para el objetivo de la plenitud. Cada hombre comienza de nuevo, de modo que todo progreso en esta cuestión parece hacerse imposible.

4. Escatología/mitología.

Esto sería así en el supuesto de que Dios no existiese. Pero si Dios existe, la plenitud humana está ya realizada desde el principio y para todo el desarrollo de la historia hasta su meta final. El problema que tenemos para no verlo o entenderlo es por nuestra condición limitada, que nos sitúa en una perspectiva espacio-temporal concreta. Hoy por la Ciencia sabemos que las magnitudes del espacio y del tiempo no son absolutas, sino relativas, que varían según el sistema de referencia. No hay dificultades teóricas para manejar estas magnitudes a nuestro antojo, aunque técnicamente hoy sea imposible. Si decimos que Dios es la plenitud realizada, tendremos que situar el sistema de referencia espacio-temporal al final de la historia, o mejor aún fuera de ella y prescindir de las coordenadas del espacio-tiempo, para tener una perspectiva adecuada.

Supongamos que somos uno de la última generación humana, de los que han logrado llegar a la meta final del hombre, a la plenitud. Desde ella podríamos ir a cualquier tiempo y lugar de la historia, y situándonos en ella intervendríamos para ayudar en el progreso del hombre hacia la plenitud. Por supuesto tendríamos que tener cuidado actuando con coherencia, para no alterar el curso de la historia, provocando paradojas temporales y poniendo en peligro su futuro. Esta intervención, es justo lo que queremos decir cuando afirmamos que Dios está en todas partes, desde el principio del tiempo hasta el final, atrayendo a la humanidad hacia sí, hacia su meta, hacia su perfección y plenitud.

El misterio que Dios encierra no se encuentra en la perfección y plenitud humana, sino en que posee la clave de acceso a lo Absoluto. El misterio radica en el paso de la plenitud a lo Absoluto. Es imposible hablar de ello, puesto que lo Absoluto permanece para nosotros incognoscible. Sólo nos queda confiar en que Dios lo sepa, por guardar según creo una estrecha relación con lo Absoluto.

Lo único que puedo decir son tautologías, que no avanzan nada en el conocimiento del como puede ocurrir el acceso a lo Absoluto. Dios es la plenitud humana, por tanto es el hombre total y completo. Pero a ese hombre le añado la divinidad, es decir, le añado el Espíritu de lo Absoluto, porque lo conoce al tener la clave de acceso. Por tanto Dios es a

la vez, Espíritu divino y Plenitud humana. Si esto no fuese así, el acceso a lo Absoluto para el hombre estaría cerrado, hundiéndose toda esperanza.

¿Por qué razón el Espíritu de lo Absoluto, Infinito, Eterno, asume la condición humana en plenitud? La respuesta común es con el fin de ser Todo en todo. Y esto lo realiza por medio de la conciencia y el conocimiento de lo real que el hombre tiene. Cuando el hombre supere todo mal, y adquiera conocimiento y conciencia de toda existencia alcanzando su meta final, entonces y solo entonces, el Espíritu asumirá lo humano en plenitud.

Pero entonces la pregunta es ¿cómo es posible que exista Algo separado y distinto de lo Absoluto, que no estuviese en él antes, desde siempre? ¿lo Absoluto tiene que retirarse para que Algo distinto de sí mismo tenga existencia? Pero, ¿por qué razón va a hacer una cosa como esa? Muchos dicen que lo Absoluto no se mantiene por siempre en sí mismo sino que trata de manifestarse, de darse, en un fluir propio de su naturaleza. ¿Manifestarse a quién? ¿a lo que él mismo hace? ¿entonces por qué se retira haciendo Algo distinto de sí mismo? Y continúan en la misma línea diciendo, que lo que pretende es que en ese Algo distinto, las criaturas que en él hayan lo alaben, sobre todo el hombre debido a su conciencia y libertad. Entonces parece ser la gozada de lo Absoluto, la razón última de la existencia. Esta idea la encuentro absurda, de una simpleza e ingenuidad asombrosa. La razón de la existencia del Mundo- Universo, tiene que consistir en algo más que presumir y vanagloriarse Dios delante de sus criaturas, dedicadas a cantarle para siempre agradecidas alabanzas.

Entiendo que la causa podría depender de un proceso eterno que transcurre en el Espíritu de lo Absoluto. Por definición el espíritu es puro y simple. Espíritu por ser lo totalmente distinto a lo real, lo Otro incognoscible. Puro por no estar unido a nada, ni tener ninguna cualidad que le sirva de atributo. Simple por no poder descomponerlo en partes analizables. Pero en consecuencia no tiene ninguna identidad y por tanto resulta ser idéntico a la Nada. No es Nadie. Para hacerse Alguien requiere asumir identidades, es decir, hacerse múltiple y complejo. La transformación del Espíritu puro y simple en múltiple y complejo, tiene que ser pensado en un proceso continuo, eterno en sentido atemporal, por tanto mítico.

De cierto modo en Dios está la clave, porque su divinidad contiene o está vinculada al Espíritu puro y simple, digamos original, de lo Absoluto. Dios es un hombre total, pleno y perfecto, y sobre Él recae la responsabilidad de transformar el Espíritu puro y simple en múltiple y complejo al asociarlo y transmitirlo a toda la humanidad. Basta una sola persona para realizar el proceso, y además no puede ser de otro modo dado que por ser el Espíritu puro y simple, sólo puede vincularse a una persona, Dios. Un solo Dios, cuya identidad y biografía está en función de la historia del hombre, del proceso de formación de la plenitud humana.

El Espíritu se hace Alguien asumiendo la plenitud humana, cargada de identidades pues contiene las biografías particulares de cada hombre. De lo cual resulta que cada uno de nosotros, si logramos vernos en el tiempo mítico, atemporal, nos veríamos a nosotros mismos incluidos en el Espíritu de lo Absoluto. De aquí que al alcanzar la plenitud humana, se nos abran de par en par las puertas de lo Absoluto.

A pesar de lo dicho, no hemos desvelado ningún conocimiento ni comprensión de lo que

es el Espíritu ni de lo Absoluto. Lo dicho, son sólo especulaciones tautológicas, que no tienen otro interés que afirmar precisamente que no podemos decir nada más que tonterías sobre lo que no conocemos. Que las respuestas que se dan comúnmente no son suficientes, que no llevan a ningún lado, que se pueden complicar todo cuanto se quiera sin aclarar nada de lo que es incomprensible e incognoscible.

¿Qué nos queda? Pues exactamente lo mismo que los que tienen una fe religiosa. Que Dios existe, y que este hecho abre el futuro del hombre hacia la plenitud donde se encuentra lo Absoluto. Que solos no llegaremos a nada, pero si confiamos en Dios personal llegaremos, puesto que Él es la plenitud humana ya realizada, desde siempre y para siempre.

5. *¿Quién es el hombre?*

La realidad última del hombre, su meta final, es descansar en lo Absoluto, Infinito, Eterno, una vez colmadas por exceso todas sus esperanzas. Su realización no está en nuestras manos sino en las de Dios, único que tiene la clave de acceso a lo Absoluto, para nosotros incognoscible, oculto en el misterio, separado de nosotros por un abismo insondable. Al respecto sólo nos queda confiar en que Dios sepa hacerlo y tener esperanza.

Lo que si nos compete en la historia es alcanzar lo humano de Dios, es decir, la plenitud y perfección del hombre personal y colectivo. Si logramos este objetivo situándonos entonces al nivel de Dios, alcanzaremos por Él lo Absoluto. Pero si esto llega algún día a suceder como creo y espero, entonces en realidad, ¿quiénes somos? Si prescindimos del tiempo y el espacio que nos concreta y determina y nos colocamos al nivel de Dios ¿somos nosotros también dioses? ¿es que acaso a fin de cuentas, formamos parte de lo Absoluto?

La respuesta no puede ser otra que negarlo. Ni formamos parte de lo Absoluto, ni somos dioses, mientras permanezcamos sujetos a nuestra condición, determinados en nuestras coordenadas espacio temporales. Es una falacia decir que formamos parte de Dios, que estamos aquí y ahora incluidos en el Espíritu, que tenemos el Espíritu en nosotros, porque es lo mismo que decir que estamos o hemos alcanzado la plenitud. Esto es un error que a muchos condiciona. Sólo estamos en proceso hacia la plenitud.

Por ahora no somos más que un ser vivo entre otros, con unas funciones cerebrales formidables, originadas por evolución que nos permiten ser conscientes de nosotros mismos y de nuestro entorno. Pero por eso mismo, podemos si queremos alimentar la esperanza de alcanzar un futuro espléndido para el hombre personal y colectivo, y poner en ello todo nuestro esfuerzo y confianza. La garantía es creer que Dios existe, que la plenitud humana ya está realizada. Que no estamos solos. Que Dios está tirando de nosotros hacia sí, forjando nuestras propias identidades, ayudándonos a construir nuestra particular biografía.

Proponer que la humanidad avanza hacia la plenitud, es simplemente una alternativa de futuro, elegida contra la visión pesimista de la nada y la extinción. Ninguna puede saber ni demostrar el futuro que nos espera. Sin embargo, una se muestra como más realista despreciando la otra como ilusión vana. ¿Por qué? El valor del hombre si el futuro está cerrado resulta insignificante. Para mí por el contrario, la valoración del hombre es máxima, por lo que no puedo cerrarla en una medida hasta ponerlo en línea con Dios. Si

no lo hiciese así, ¿cómo puedo distinguir su valor de otra cosa cualquiera? Si todo tiene un origen y fin común incluido el hombre ¿cómo darle una valoración máxima si Dios no lo toma de donde está y lo levanta? Yo creo que el hombre es superior al resto, superior pero sin rebajar ni menospreciar la Naturaleza y los seres vivos que le dieron la vida por evolución. Pero por esto mismo, reclamo la existencia de Dios como garantía, que levanta al hombre hacia las alturas divinas. Así, al elevar el hombre hasta Dios, también por el hombre se arrastra tras de sí el Mundo Universo, la Naturaleza y la Vida a Dios, como centro atractor, de toda existencia.

6. Dios como relación.

No estoy seguro que tal como están las cosas se pueda seguir manteniendo el concepto de Dios como creador, no porque lo niegue o tenga dudas sobre la posibilidad de que lo sea, sino porque este concepto no añade nada al conocimiento, ni es necesario, ni sirve para aclarar nada de lo real existente. Si se piensa que el mundo es obra de un Dios personal, que lo diseña, lo desarrolla y realiza, siguiendo un plan determinado, cambia la perspectiva con la que nos enfrentamos al mundo y a nosotros mismos. El suponer que ese plan existe, modifica e influye en nuestra percepción de nosotros mismos y del entorno, interfiriendo gravemente en los planteamientos y conclusiones de la Ciencia y del conocimiento. Prefiero dejar el poder de creación en manos de la Fuerza y Sabiduría impersonales, como actividad del Espíritu de lo Absoluto, sin planes, diseños, voluntad e intención, y dejar la idea de Dios libre de todo ello, reservándole solamente el contenido de la plenitud humana.

Si seguimos manteniendo la idea de Dios como creador, se nos presentan dificultades insalvables. ¿Cuál es la relación de Dios con las cosas, aparte de su supuesta fuerza creadora?

Es difícil entender la relación de Dios con el mundo, durante los miles de millones de años que transcurren desde su origen, hasta la aparición de una criatura consciente, entretenido con las majestuosas galaxias, las preciosas estrellas, o a lo largo de la lenta evolución de la vida. No sabemos asignar un papel a Dios en ese mundo universo, tan dilatado en el tiempo. Las cosas y los seres se forman y se destruyen sin finalidad ni sentido, con falta absoluta de trascendencia, de permanencia.

No me parece que pueda existir una relación profunda de Dios con el permanganato potásico o con las cornubianitas. Tampoco me parece con mucho fundamento pensar que exista una profunda relación de Dios con los animales y vegetales, como hacen los mentores de la fuerza vital, al suponer que los seres vivos por el mero hecho de serlo, tengan cierto grado de conciencia, de alma o espíritu, que les permita una relación íntima con Dios. El Virus de la gripe, o la Escherichia coli, ni siquiera el poliqueto Nereis diversicolor, creo que puedan mantener una especial relación de ellos con Dios, pues por lo que conocemos están demasiado implicados en sobrevivir y reproducirse, como para que les quede un resto de tiempo y energía, que puedan emplear en otros menesteres.

Sin embargo, si es posible hablar de la relación del hombre con los seres que nos rodean. Los materiales que usamos, hoy sabemos que tenemos que usarlos con cuidado para no causar problemas medioambientales. Los vegetales domesticados y bien cuidados, responden al cariño que les ponemos. Mucho más lo hacen los animales y en particular los mamíferos. Hay historias impresionantes sobre el cuidado y compañía entre perros y personas. Pero si ponemos atención en la observación de la naturaleza, pronto

descubriremos su despiadado comportamiento. ¿Cómo puede permitir Dios creador tantas atrocidades? Ejemplos hay multitud. Mantener la idea de Dios como creador, sólo nos trae complicaciones innecesarias y no nos sirve de ninguna utilidad para explicarnos a nosotros mismos y al mundo del que formamos parte. En todo caso si Dios guarda alguna relación con el mundo, lo será a través del hombre y por el hombre, y no mediante cierta actividad sobre él, de todos modos indemostrable e injustificable.

Lo que me preocupa no es justificar la existencia de los cangrejos, o de la galaxia Andrómeda, ni tampoco el origen del Universo en el Big-Bang, sino de la vida humana, sus esperanzas y expectativas. Por ello el contenido de Dios que me interesa y que puedo sostener es el de plenitud humana, la persona total y completa con facultades mentales, intención y voluntad. A Dios lo entiendo semejante a la persona humana que hoy somos, pero sobre todo quienes llegaremos a ser. No podemos rebajarlo a una cosa, a un símbolo, a una fórmula o a unos principios o atributos. Sin duda Dios es más que persona, oculto en un velo de misterio para nosotros incomprensible, precisamente por ser Dios, por tener también la divinidad, el Espíritu, la clave de acceso a lo Absoluto.

¿Cómo entender que se dé la posibilidad de una mutua relación entre Dios con la criatura humana tan limitada y fugaz? Pensándolo fríamente ¿no es asombroso que el hombre pueda en todo momento hablar, dialogar con Dios y contarle sus insignificantes problemas y preocupaciones? Que exista una relación personal entre Dios y el hombre puede parecernos incomprensible, sobre todo cuando se tiene la idea de Dios como creador del Universo, de todo cuanto existe, no tanto al tomarlo como plenitud humana aunque también. La distancia de nosotros con respecto a la plenitud es inmensa y por eso se dice que la relación entre ambos es un asunto de la voluntad de Dios. Esta se hace más razonable si pensamos que no es el hombre el que se relaciona primero con Dios, sino Dios con el hombre. Dios mira al hombre tomando la iniciativa de la relación, y si el hombre no se esconde rechazándola, la relación progresa independientemente de su respuesta. Según el hombre viva, piense o sienta, en la misma forma crecerá su relación con Dios. La relación con Dios es inmediata en todos los hombres, sea cual sea su condición. Si hemos llegado a la vida es porque Dios ha querido que algún día formemos parte de la plenitud humana. Por ello, todos los hombres permanecemos en contacto con Dios, en la memoria de Dios, hasta sus más mínimos detalles e intenciones.

Persona indica relación, que puede comunicarse, dialogar con nosotros, de modo semejante a como lo hacemos las personas humanas. No se mantiene aislado en sí mismo como principio trascendente, sino que se relaciona con los hombres con voluntad propia y decisión personal, como persona. Es Otra Persona, por eso pienso que no podemos buscarlo en el interior de nosotros mismos, en nuestra mente, en nuestro cerebro enredado entre nuestras neuronas, en lo profundo de nuestra psique o en nuestra alma, aquí sólo estamos nosotros. Para buscar a Dios tenemos que hacerlo en una relación personal con Él, sentido todo lo próximo o cercano que se quiera, pero no mezclado confusamente con nuestro yo.

Si Dios es persona, no es por tanto un objeto al cual le podemos poner condiciones y experimentar con Él. Hay que admitir que cuando no quiere dejarse ver, resulta totalmente oscuro, opaco, escondido. Si le exiges una prueba Él no tiene por que dejarse atrapar en tus manos, seguir tu juego, pues en definitiva es una persona y no una cosa sobre la cual podemos imponernos y obligarla a hacer lo que queramos. No podemos exigirle señales o milagros que nos confirmen su presencia, en todo caso las hará si las hace, cuando

quiera y como quiera, como persona libre.

7. El encuentro con Dios.

La presencia de Dios se escapa, porque tal vez no se trata de un rastreo de huellas, de buscar acciones extraordinarias que indiquen una acción especial del Espíritu y que están sujetas a interpretaciones la mayoría de veces contradictorias, sino de un encuentro entre personas. Un encuentro en el que las personas comparten parte de sus vidas que es común. Un encuentro entre Dios y cada hombre. Si nos empeñamos en ir por otro lado, si no ponemos en ello nuestra persona sino sólo y exclusivamente nuestro razonamiento, será casi imposible encontrarlo. Por vía argumentativa es muy difícil establecer lazos personales. Es necesario abrir la conciencia, la mente emocional y producirse una corriente positiva entre ambos. Esa apertura puede llevarnos a una relación evidente con Dios, en la cual ya no hace falta ninguna demostración ni argumento. Es experiencia de Dios.

La experiencia de Dios se manifiesta como un encuentro personal. Yo no puedo afirmar que he tenido un encuentro personal con Dios, aunque sé que es frecuente entre los creyentes una afirmación en este sentido. Nunca he visto, ni sentido, ni tocado a Dios con mis manos. Nunca he tenido revelaciones o escuchado su voz claramente, sobre lo que debo pensar o hacer. Tampoco puedo construirme un ser, una entidad excelsa, una imagen de Dios para luego enamorarme de ella, sería falsa. Claro que si he sentido a menudo como una sensación de exaltación, de entusiasmo, de ensoñación, de felicidad, de embeleso y elevación poética, con ocasión de ciertas prácticas religiosas o en momentos especiales, pero todo ello simplemente son estados psíquicos. A nadie podría interesarle y menos aún demostrarle, que son experiencias de un encuentro con Dios, tampoco lo son para mí mismo. Por lo tanto no puedo hablar en conciencia de un encuentro real con Dios, pero no por ello puedo dejar de creer en Dios como Alguien, como persona, y aspirar a tener con Él, una relación efectiva.

Si creemos que Dios es el que inicia la relación entre Dios y cada hombre, esta se dará de forma inmediata y continua, puesto que siempre vivimos y somos en presencia de Dios. No hay ningún lugar ni momento en que podamos ocultarnos, porque todo cuanto nos ocurre depende de Él. Así, al menos teóricamente, todos los hombres podemos oír la voz de Dios y dialogar con Él. Pero también es cierto que no todos están en el mismo nivel de sintonía, unos no oyen nada, mientras que otros dicen que sienten su voz clara y precisa.

Para muchos tener experiencia de Dios o escuchar su voz consiste en alcanzar niveles sensoriales o de percepción elevados, de tal modo que se lleguen a producir estados alterados de conciencia. En muchas tradiciones religiosas, se realizan ciertos rituales, música y danza, para caer en trances extáticos, creyendo que estos son la forma en el que Dios o los “espíritus” se hacen presentes. No creo que nada de todo ello tenga sentido.

Pienso que las experiencias extáticas o místicas pueden usarse como medio para encontrarse con Dios, pero no necesariamente. Todos los hombres pueden tener experiencias de este tipo, sea cual sea su constitución física o psíquica, su caracterización ideológica o religiosa, incluso pueden obtenerse por sustancias químicas o por procesos y métodos naturales. Por tanto, estas experiencias no significan una intervención directa de Dios, una visión, o una revelación, sino que corresponden a estados psíquicos

especiales. No es la mejor forma de profundizar una relación personal, recurriendo a estados alterados de conciencia provocados por una euforia momentánea

8. El diálogo con Dios.

Escuchar claramente la voz de Dios no es fácil, pues a menudo se encuentra mezclada con un intenso ruido de fondo que lo hace inaudible, si exceptuamos casos excepcionales. Dadas las dificultades comunes de tomar contacto con Dios y percibirlo, muchos maestros y sacerdotes de diversas religiones, se han colocado a sí mismos como interlocutores e intérpretes en el diálogo entre el hombre y Dios, a menudo con el fin de manipularlo. Aseguraría que para dialogar explícitamente con Dios, no es imprescindible asociarse a ninguna forma religiosa específica. Creo que lo que se interponga en el diálogo entre Dios y el hombre es un impedimento una barrera, que puede llegar a ser sustituido por un ritual vacío. La relación entre Dios y cada hombre es directa e insustituible. Y esto es así porque la biografía de cada persona es única, y como tal forma parte sustancial de la plenitud futura.

En general para oír la voz de Dios hay que ponerse en sintonía, ajustar nuestros sentidos, cuerpo y mente para percibirla. De esto trata la oración, de colocarnos de tal manera que podamos escuchar a Dios para iniciar o reanudar el diálogo con Él, y poner en ello toda la confianza. Diálogo no sólo con palabras, sino con la propia vida al colocarla en función de Dios, de la plenitud humana. Si nos hemos dado cuenta que entre Dios y nosotros existe una relación inexcusable, es necesario por coherencia hacerla explícita, y es precisamente en eso en lo que consiste la oración. Todo lo que hay que hacer es querer dialogar con Dios y poner la voluntad y fidelidad necesarias. Dios no puede permanecer ciego y sordo a lo que le decimos, pensamos, queremos y vivimos.

Siempre se ha insistido en que si queremos progresar en la oración hay que reservar un tiempo específico para ello. Si se hace con constancia se aprende a alabar y agradecer, a pedir ayuda y a descargar los problemas, pero sobre todo a sumergirnos en el silencio para contemplar con asombro el misterio de lo que existe, de lo que somos y hacia dónde vamos. La oración es la savia de la relación con Dios, pero a menudo se vuelve árida y tendemos a abandonarla. Si queremos continuar, es necesario emplear trucos y cuantos mecanismos encontremos o nos digan para superar el bache. Si salimos de él, la oración se verá reforzada.

¿Por qué para unos pocos la relación con Dios y su expresión en la oración es tan intensa que alcanza los niveles de la santidad, mientras que para otros es difícil y traumática? ¿por qué para algunos es simple y sencilla, clara y consciente, y para otros cerrada y oscura? ¿No es discriminatorio que el encuentro con Dios sea fácil para unos y para otros casi imposible? Creo que el problema es simplemente de la conciencia. Ser consciente o no, no impide que la relación exista y progrese de forma eficaz. Romper la relación con Dios es teóricamente posible pero poco probable. Dios tendría que dejar de mirar al hombre que quiere apartarse no de sus miedos, prejuicios, desinformaciones, ignorancias y de sus ídolos, sino del Dios verdadero. Esto francamente es difícil pues tendríamos que saber como es Dios inefable, para poder negarnos a relacionarnos con Él. Por tanto la relación no es discriminatoria, es para todos los hombres, con escasas excepciones que dependen de la libertad del individuo, que se niega expresamente y con conocimiento a ella. Lo que si está reservado a unos cuantos aunque sean multitud, es darse cuenta de esta relación y progresar en ella de forma explícita. Esto último depende de la voluntad

de Dios y de las circunstancias personales de cada uno.

9. El proceder desconcertante de Dios.

Ciertamente, el progreso de una relación explícita con Dios, a menudo resulta desconcertante, pues aparte de nuestra propia contradicción entre lo que queremos y hacemos, con frecuencia el proceder de Dios nos resulta incomprensible. En principio pensamos que la ayuda de Dios tiene que ser incondicional, como hacen por lo común los padres con sus hijos, y aunque sepamos que no siempre lo que pedimos es adecuado o conveniente, contamos con su ayuda. Pero si lo que pedimos es bueno, justo, necesario ¿por qué Dios guarda silencio? ¿por qué a menudo sentimos que los problemas crecen y se agravan cuando nos parece que nuestra relación con Dios progresa? ¿por qué Dios permanece ciego y sordo, ante tanto mal que nos rodea y consume? No sólo hay multitud de ejemplos de tremendos sufrimientos y atrocidades que padecen personas extraordinarias, entregadas a Dios y a la causa de la justicia, sino que también a nivel personal más mediocre, padecemos algunas en nuestras carnes. ¿Qué hace Dios?, ¿por qué no nos echa una mano y las dos cuando nos hace tanta falta? ¡Hasta cuando Señor seguirás sin hacernos caso!

Dios no es un ídolo, un fetiche al que doy ofrendas para comprar su ayuda. No se me ocurre extorsionarlo mezquinamente con promesas condicionadas a sus favores. Lo que me preocupa es saber lo que Dios quiere de mí y disponer de fuerza para hacerlo. Saber si lo que me va ocurriendo es precisamente lo que pretende de mí. Poner atención en eso que se llama los “signos de los tiempos”, para saber que la humanidad hoy también se está moviendo en dirección a su plenitud y no perder la esperanza. Pero ¿quién es capaz de conocer la voluntad de Dios?

Si quiero saber más de Dios de comprender un poco más su extraño proceder, no puedo permanecer aislado en mis experiencias particulares. Sé que la oración es común a toda forma religiosa desde las más ancestrales en la historia del hombre, hasta las religiones presentes en nuestros días que siguen multitudes de gentes. Es la forma que tiene cada uno de expresar su particular forma de relacionarse con su Dios, y que comparte con otros de creencias afines. Sin embargo, decidirse por una forma religiosa es un asunto demasiado complejo dada la multitud de ellas que siguen hoy presentes. ¿Por qué Dios no reveló una única religión verdadera para todos los hombres? Nunca nos aclara las cosas, nunca nos dice claramente lo que quiere. Así nos muestra una vez más, su extraño proceder con nosotros, creando confusión y desconcierto. Dios parece jugar al ocultamiento, a desmontar nuestros argumentos cuando salimos en su “defensa”, y de cuando en cuando a echar por tierra aquello que nos parecía más razonable. A pesar de mi incertidumbre, desconcierto y extrañeza del proceder de Dios, yo no quiero renunciar a la esperanza, porque de alguna manera sé o intuyo que en Él hay algo grandioso, algo maravilloso y formidable, que me motiva y atrae. Por ello quiero permanecer atento, en oración, pues este es el único modo según yo lo entiendo, de sostener la mejor relación con Dios que me sea posible.

Toda expresión de la creencia en un Dios personal, comienza con un dialogo en la intimidad personal con Dios, que es la oración, lo demás viene después. La oración

explícita, nos hace conscientes de vivir permanentemente en su presencia. Si perdemos esta oración todo el edificio religioso se desmonta, aunque algunos a pesar de ello, sigan aferrados a un ritual cargado de tradición, pero sin sentido. Sin embargo, si hacemos oración, veremos que muchas de nuestras dudas no son tan importantes, que poco después se disipan y desaparecen. Al tiempo, adquirimos nuevos compromisos y sin darnos cuenta nos vemos trabajando en dar a conocer nuestra fe, porque la llevamos dentro, trasmitiendo a los demás a Dios, en el que creemos. ¡Ojalá llegemos a las alturas que la oración nos reclama!